

De derbe a Filipos: Alumnos (11/13)

Dr. Justo L. González



Hechos 16

Lecciones Cristianas

15 de noviembre de 2015

Semillas de crecimiento: De derbe a Filipos (alumnos)

11 de 13

Texto impreso: Hechos 16:1-5, 8-15

Propósito de la lección

Estudiaremos la conocida visión que Pablo tuvo del varón macedonio. Veremos que la visión incluía solo lo que Pablo necesitaba saber para hacer lo que Dios quería de él. Así aprenderemos a seguir las visiones que Dios nos da, aun cuando nos parezcan arriesgadas o no tengamos seguridad en cuanto a dónde van. Entenderemos que Dios no nos da todo un programa para el futuro, sino que sencillamente nos dice lo que tenemos que hacer a cada paso. Lo demás queda a sus manos.

Examen de la Escritura

Estamos en el segundo viaje misionero de Pablo. Esta vez, en lugar de Bernabé, quien le acompaña es Silas. Van por tierra, y tras pasar por Derbe, llegan por fin a Listra. Pablo había estado antes en estas dos últimas ciudades, y en Hechos 14:5-23 tenemos algo acerca de la fundación de iglesias en ellas. Ahora, en Listra, conocen al joven Timoteo, quien era respetado por su testimonio en toda la región. Pablo decide que Timoteo le ha de acompañar, y por eso lo hace circuncidar, para evitar los ataques de los judíos de la región. La madre de Timoteo era creyente, y su padre griego. Aunque Hechos no nos da el nombre de la madre de Timoteo, en la Segunda Epístola a Timoteo (1:5) sí se nos dice que su madre era Eunice, y su abuela se llamaba

Loida.

Después de esto, Pablo, Silas y Timoteo van por todas las ciudades, contándoles de la decisión que se había tomado en Jerusalén como resultado de la discusión que vimos la semana pasada. Esto causa gran regocijo en las iglesias, que continúan creciendo.

Hasta aquí, lo que Pablo ha hecho ha sido visitar particularmente las ciudades donde él y Bernabé habían estado antes. Esta primera parte del segundo viaje, que Hechos resume en unos pocos versículos (15:30–16:5), debe haber tomado al menos tanto tiempo como el primer viaje.

Tras verse impedidos de predicar en varias regiones (los vv. 6-7, que no son parte de nuestro texto impreso), llegan por fin a Troas. Esta ciudad era el extremo occidental de Asia, y al parecer Pablo y sus compañeros se preparaban para embarcarse desde allí camino a Jerusalén.

Pero entonces Pablo tiene una visión: un varón macedonio le conmina: “Pasa a Macedonia y ayúdanos”. Macedonia se encontraba al otro lado del Mar Egeo, y por tanto en Europa. Por eso Pablo y sus compañeros toman un barco y, tras pasar por otras ciudades, llegan por fin a Filipos. Allí, como era su costumbre, los misioneros indagan acerca de una sinagoga, donde irían el sábado a dar testimonio de Jesús. Pero en Filipos no hay sinagoga, sino solo un lugar junto al río, en las afueras de la ciudad, donde algunos se reúnen para orar.

Al llegar a ese lugar, Pablo y sus compañeros encuentran un grupo de mujeres reunidas para hacer oración. Los misioneros se sientan con ellas y les hablan del evangelio. Entre ellas se encuentra una mujer llamada Lidia, procedente de la ciudad de Tiatira, quien se dedicaba al costoso comercio de la púrpura. Lidia cree el mensaje, y se hace bautizar junto a su familia.

Además de ser una mujer pudiente, Lidia es también fuerte y convincente, pues “obliga” a Pablo y sus compañeros a hospedarse en su casa. Esto es notable, por cuanto Pablo siempre hacía todo lo posible por cubrir sus propios gastos y no ser carga para nadie.

Este es el origen de la iglesia de Filipos. Al leer las cartas de Pablo, vemos que esta fue una de las mejores —si no la mejor— entre todas las iglesias que él fundó. Además de contribuir generosamente para el sostén de los pobres en Jerusalén, aquella iglesia era el gozo de Pablo, como bien puede verse en su Epístola a los Filipenses.

Aplicación de la lección

El texto de hoy puede aplicarse a nuestra situación de varios modos. Veamos solamente dos de ellos.

En primer lugar, llama la atención el hecho de que Pablo, aun cuando estaba convencido de que los gentiles convertidos al cristianismo no tenían que circuncidarse, circuncida a Timoteo. Lo hace, no porque crea que es necesario para la salvación de Timoteo, sino para evitar escándalo.

Repetidamente en las cartas de Pablo vemos que los creyentes deben sujetarse no solo a sus conciencias, sino también a las de los “más débiles” en la comunidad. Así, por ejemplo, aunque en realidad Pablo pensaba que no había nada malo en comer carne que antes había sido sacrificada a los ídolos y puesta a la venta, pensaba que por amor a los “débiles”, quienes podrían entender mal lo que se hacía, los de más entendimiento debían abstenerse de tal carne. (1 Co. 8:4-13). El mismo principio se aplica aquí.

Hoy esto quiere decir que, como Pablo dice en Corintios y como hace con Timoteo, debemos unir a nuestra conciencia la de la comunidad, y sobre todo la de quienes en ella tienen escrúpulos que no son los nuestros. (Recuerdo que cuando yo era niño había en mi casa un cuadro de Jesús tocando a la puerta del corazón. Un día un vecino que estaba empezando a asistir a la iglesia dijo: “Me alegro de ver que ustedes tienen ese cuadro ahí. Yo tengo en mi casa un cuadro del Sagrado Corazón de Jesús, y le pongo velas para que me dé lo que le pido”. ¡Al otro día, el cuadro de Jesús ya no estaba en la sala de nuestra casa!)

El segundo punto que nos puede ayudar a aplicar la lección es el contraste entre la visión de Pablo y lo que encuentra en Filipos. Pablo tiene la visión de un varón macedonio, y por eso va a Filipos. Pero resulta que allí no hay sinagoga. No hay los diez varones necesarios para que haya una sinagoga. ¡No hay siquiera uno! Y la mujer que se convierte no es tampoco de Macedonia, sino que es de Tiatira, ¡a unos pocos kilómetros de donde Pablo estaba cuando recibió la visión!

Aunque no todo lo que se dice acerca de la actitud de Pablo hacia las mujeres es cierto, podemos suponer lo que Pablo pudo pensar la visión fuera de una mujer de Tiatira que le dice “pasa a Macedonia y ayúdanos”. Su reacción hubiera sido semejante a la de Pedro cuando se negó a comer de lo que se le ofrecía en el lienzo: No, Señor, mira cuánta gente hay aquí cerca que necesitan del evangelio. Mira cuántas sinagogas llenas de judíos y de varones temerosos de Dios. ¿Para qué ir tan lejos, cuando Tiatira está a la vuelta de la esquina?

La visión de Pablo, como antes la de Pedro, le dice lo que tiene que hacer, pero no le anuncia todo lo que va a suceder. Aun cuando la visión es de Dios, es Dios quien determinará lo que saldrá de ella. En ambos casos Dios usa una visión para guiar a quien la tiene por caminos intransitados —caminos que ellos difícilmente seguirían de haber sabido hacia dónde llevaban.

Lo mismo nos sucede hoy. Dios nos llama a nuevas aventuras de fe. Pero antes de emprender la marcha queremos saber exactamente hasta dónde lleva el camino. Entonces usamos nuestro desconocimiento de la meta para no dar siquiera los primeros pasos.

Las experiencias de Pedro y de Pablo nos muestran que una visión no tiene que estar clara para ser de Dios. Nos muestran que nuestras visiones, según las seguimos, irán cambiando; que Dios las utiliza para llevarnos por caminos que de otro modo no tomaríamos.

¿A qué nos estará llamando Dios hoy?

Oración

Gracias, Señor, por quienes en tiempos pasados han tenido visiones gracias a las cuales el evangelio nos ha llegado. Sabemos que tú nos das visiones. Pero con demasiada frecuencia huimos de ellas, porque nos parecen demasiado arriesgadas. Danos fe y valor para seguirlas y para así servirte. Amén.

